

ción de su papel. Pero está claro que ni el Presidente Nixon ni los dirigentes de Moscú intentan otra cosa que no sea evitar esas crisis. La misma visita de Nixon a Berlín-Oeste es un poco vergonzante. Va a pasar como sobre ascuas. Estará unas tres horas, incluyendo en ellas una visita a una fábrica y otra a los jefes de la guarnición americana.

Pero el riesgo de una crisis aguda no deja de existir. Podría sobrevenir en Europa, pero también en Oriente Medio, donde Israel tiene los mismos temores que Alemania Federal —que la coexistencia se haga a su costa—, en Salgón o en el mismo Washington. Se ha hablado ya de que cada país está, en estos momentos, dividido entre «duros» y «blandos». Estados Unidos ofrece uno de los ejemplos más visibles de esta división. La operación concerniente al encargo de negocios chino en Holanda, su defección, su traslado a Estados Unidos, sus interrogatorios y la amplia publicidad que se ha dado al asunto puede haber sido una operación de los «duros», sostenidos por el China lobby, que tiene poderosísimos intereses económicos en Formosa, para obstaculizar la negociación con China. Quizá los «blandos» de China hubiesen conducido la operación de Varsovia, a pesar de todo, pero quizá también los «duros» de China, los que entienden que cualquier negociación con los Estados Unidos es como un pacto entre un cordero y un lobo, hayan conseguido imponer sus puntos de vista. Probablemente haya algo más detrás. Probablemente haya un deseo de los «duros» de China de entenderse con los «duros» de la URSS que emiten ciertas señales, como la llamada rehabilitación de Stalin. Pretenderían, unos y otros, restablecer el bloque resquebrajado desde el XX Congreso —la desestalinización— y volver a tomar en sus manos la unificación del comunismo y admirar los revolucionarismos. Todo esto, es preciso advertirlo, es simplemente una hipótesis sin grandes puntos de apoyo. El hecho es que la interrupción de las conversaciones de Varsovia ha derrumbado algunas de las esperanzas de Nixon. Sus portavoces no han vacilado en declararlo así y en lamentar que se les hayan quedado entre las manos «algunas proposiciones muy concretas» que pensaban hacer.

Otra crisis que se le ha venido encima a Nixon es la del Perú. La crisis, como se sabe, procede de la incautación por parte de los peruanos de los bienes de la International Petroleum, filial de la Standard Oil, como primer paso para una recuperación de la deuda de 690 millones y medio que la compañía debe al pueblo del Perú desde 1924, según dice el Presidente Velasco Alvarado. El segundo problema ha sido el ataque de lanchas peruanas a barcos de pesca de los Estados Unidos, a los que consideraban dentro de sus aguas territoriales, que Perú ha decidido ampliar hasta doscientas millas de la costa sin que esta reclamación haya sido aún admitida. Desde el momento en que este desafío del General Velasco y su gobierno militar no puede ser imputado de comunismo, la situación de respuesta de los Estados Unidos por los mecanismos habituales se hace más difícil. Existe la posibilidad de suspender la ayuda económica (unos doce millones de dólares, más de cinco millones en empréstitos del Export-Import Bank) y anunciar la anulación del contrato de compra de azúcar, que Estados Unidos efectúa al Perú a dos centavos más del precio corriente en el mercado (en 1968 las ventas de azúcar del Perú a Estados Unidos ascendieron a cuarenta y cinco millones de dólares). Una vez más, Nixon se ve enfrentado con las opciones de «duros» y «blandos». Los «duros» optan por esta aplicación de sanciones; los «blandos», por una negociación. Y, una vez más, Nixon se ve ante un «test» de su capacidad, de su anuncio de que se abría una era de negociaciones. El caso del Perú tiene una importancia muy especial no solamente por el caso de este país en sí, sino porque el asunto se sigue en toda Hispanoamérica con un enorme interés.

Está claro que la junta militar peruana sirve con esta acción un profundo nacionalismo de su país y se sirve a sí misma con la posibilidad de que su acto sea aprobado por la oposición.

(Pasa a la página 10)



ES MÁS DIFÍCIL VENCER A GUERRILLEROS. NO A LA GUERRA CLÁSICA.

ARAFAT, FRENTE A DAYAN

El desenmascaramiento de la guerra en Oriente Medio

«Dios bendiga a Dayan», dicen que dice quien es su peor enemigo, Arafat, conocido también como Abu Amar, jefe de los comandos de Al Fatah. Es su manera de agradecer al belicoso general tuerto la imagen intransigente y ruda de un Israel conquistador, expansivo y vengativo, opesta a la punto de que la disensión interior entre «halcones» y «palomas» se ha convertido en un tema interior grave en la política de Israel. Al parecer, es por ahora Dayan quien tiene mayor apoyo popular, como parece demostrarlo la línea «dura» adoptada por el Parlamento. Muchas de las acciones de los comandos, como la del ataque del avión de la compañía israelita El Al, en Zurich, tienen el objeto de provocar la represalia de Israel, de no dejar dormir la guerra, de radicalizarla y desenmascararla. Se ha dicho que si hay alguna posibilidad de arreglo en Oriente Medio ésta reside exclusivamente en el acuerdo directo que pudieran tener el brillante estratega judío, el triunfalista Moshe Dayan, y el elocuente, sentimental, pasional, humanista Yasser Arafat. Se ha dicho también que Dayan lo ha intentado ya, que puso en libertad a un «fedayin» (guerrillero) de Al Fatah para que condujese hasta su jefe un mensaje solicitando un diálogo, y que Arafat lo ha desdénado. Arafat no ve, por ahora, más solución que la guerra. Sería un error confundirle con un guerrero sanguinario o subestimar la importancia de sus guerrillas, ni identificarle con sucesos tales como la primera y la segun-

da exhibición de ahorcados en el Irak. Es un intelectual y lo son quienes le rodean. La hora de emisión concedida al grupo Al Fatah por la radio de El Cairo es la más escuchada del mundo árabe. El nombramiento de Arafat como presidente del Comité Ejecutivo de la Organización de Liberación de Palestina puede dar un nuevo rostro a la guerra. Su tesis es que las sucesivas derrotas de los países árabes por el ejército de Israel muestran que la guerra no puede tener éxito por los medios clásicos, por una «lucha armada popular», y que los protagonistas de esa lucha sólo pueden ser los palestinos desplazados, que, como él dice, «no tienen más bienes que su tienda de campaña», no tienen nada que perder y pueden llegar a convencer a los israelíes de que la guerra no cesará jamás. Para Arafat y sus seguidores, las diferencias políticas entre los países de Oriente Medio carecen de sentido, y se niega a mezclarse en esas querellas o reyertas de familia. Es, en ese sentido, apolítico, como lo es también con respecto a figuras occidentales de doctrina, y entiende que el primer y esencial problema a resolver es el de la liberación de Palestina. Pero el hecho mismo de su acción es revolucionario dentro de los países árabes. La acción de los comandos en territorios extranjeros, como acaba de suceder en Zurich, puede ser repudiada por la opinión internacional —sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de la opinión internacional es favo-

EN PUNTO

rable a Israel—, en virtud de datos muy concretos, como son la actuación en países neutrales y el ataque a aviones de pasajeros civiles, pero, aparte de crear un problema grave a Israel —el boicot a su línea aérea—, éste y otros actos están invirtiendo la imagen de la debilidad árabe, de la vulnerabilidad árabe. El recuerdo de los guerrilleros del Vietnam, con lanzas de bambú frente al moderno material de guerra americano, y la situación actual de aquella contienda en la mesa de conversaciones de París son secuen-

cias que están presentes en la idea de Al Fatah, en la de muchos observadores del mundo y, sin duda, en la de los mismos israelíes. La insistencia, la pasional advertencia que, desde la ONU y otros puntos centrales de la política internacional, como Washington, han llegado a Israel para que no realice represalias vengativas como las de la destrucción del aeropuerto de Beirut, tras el golpe de los comandos en Atenas, tienden a evitar precisamente ese desenmascaramiento de la guerra que pretende Al Fatah.

PACTO EN PAKISTAN

¿Hacia el "nuevo asiático"?

De cuando en cuando surgen estos sangrientos brotes de una contradicción que fue fruto de la política Eisenhower-Nixon-Foster Dulles en los tiempos agudos de la guerra fría: situar al frente de países atados por pactos dirigidos y políticas que representaban lo contrario del ideal democrático que representa la teoría política de Estados Unidos; Ayub Khan fue uno de estos hombres «seguros». El mariscal Mohammed Ayub Khan, «pathan» —una raza cuyo territorio se extiende entre el norte de la India y el Afganistán, y se suponen herederos de los soldados de Alejandro Magno—, oficial y luego general del Ejército inglés, ocupa el máximo poder en su país desde 1958. Pakistán fue una creación británica, por la escisión del Imperio de la India, y se proclamó república islámica —sus habitantes son en mayoría musulmanes— en 1956. El primer ministro fue asesinado; el Presidente Mirza suprimió la constitución y dio plenos poderes a Ayub Khan, que entonces era comandante en jefe del Ejército. Tras la retirada británica de la India, los cerebros de Washington concibieron que Pakistán era una pieza clave en su estrategia oriental y asiática. En su sistema de defensa periférico, Pakistán era la pieza importante, y Ayub Khan el hombre clave. Miembro del OTASE y del CENTO, Pakistán era al mismo tiempo un país del grupo afroasiático de tendencia neutralista, pero imponía en él las tesis generales de occidente. Dentro de su país ejerce un gobierno duro, un poder personal, una dictadura. En 1964 permitió una apertura a la oposición —que se agrupó

en torno a la hermana de Mohammed Ali Jinnah, a quien se considera como fundador del Pakistán—, pero fue una apertura limitada y más bien aparente. Por razones de la historia reciente, Pakistán y la India viven en enemistad, que se concreta en torno al territorio disputado de Cachemira. Cuando esa disputa se tradujo en un conato de guerra, Ayub Khan modificó en principio su política de dependencia de los Estados Unidos, a los que acusaba de favorecer la posición india, y, desde 1964, hizo aperturas hacia China, de la que recibió un primer préstamo de sesenta millones de dólares. No obstante, ha seguido recibiendo la ayuda americana (una suma superior a doscientos cincuenta millones de dólares anuales). A pesar de estas ayudas, la situación económica interior del país, con 107 millones de habitantes subalimentados, no ha mejorado. Se acusa a Ayub Khan de que, después de más de diez años de gobierno, no ha conseguido invertir esa situación económica. Si, efectivamente, la riqueza del país se ha acrecentado considerablemente, la distribución de la riqueza se ha retraído. Veinte familias poseen el 66 por ciento de la propiedad industrial y el 80 por ciento de la banca. La crisis política y económica ha llegado a la calle; en las reyertas ha habido un número importante de muertos y heridos, y Ayub Khan se ha visto forzado a reunirse con los jefes de la oposición para tratar de llevar a cabo una reforma de la constitución que conceda mayores libertades y posibilidades de un mejor reparto de la riqueza. Los estallidos revolucionarios que han con-

ducido a este pacto proceden principalmente de los intelectuales y de las clases medias. Se entiende que la política de Washington no ve con disgusto esta apertura política que tendería a quitar del poder a un hombre que se ha mostrado peligroso por su aproximación hacia China, y que le sustituiría por moderados, capaces quizá de

hacer mejor empleo de la ayuda americana, aunque también se teme un «asiatismo» de nueva ola que trataría de sacar totalmente a Pakistán de la zona de influencia americana para hacerle desempeñar un nuevo papel en el continente asiático, tal como se imagina que pueda ser tras la guerra del Vietnam.

LA FUGA DE CEREBROS

Una causa más del subdesarrollo en América Latina

En toda América Latina se observa, con creciente alarma, la llamada "absorción de cerebros" por parte de países con un nivel de desarrollo elevado, como Estados Unidos y Canadá. Este éxodo de profesionales y técnicos de los países subdesarrollados hacia los desarrollados constituye otra amenaza más para el progreso de los primeros, acentuando su estado de dependencia.

Según el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos, sólo en los años 1964 y 1965 fueron admitidos en este país 6.951 técnicos latinoamericanos; de ellos, 1.940 argentinos y 1.574 colombianos. En ocasiones, fueron circunstancias de tipo político las que acrecentaron el éxodo de profesionales, pero, generalmente, ha sido debido a necesidades de los países desarrollados para satisfacer la demanda existente. Esta "absorción de cerebros" se ha dirigido, principalmente, hacia profesionales de la medicina y de la ingeniería. Según G. Selser, Estados Unidos, entre 1945 y 1966, solamente con la succión de médicos hispanoamericanos "se ha ahorrado la creación de dos facultades de medicina por lo menos, a un costo no inferior a los sesenta millones de dólares. Estos sesenta millones de dólares serían, en números fríos, lo que han invertido los países subdesarrollados del continente en proveer gratis et amore a los Estados Unidos de médicos". En otro trabajo, realizado en 1966 por Enrique Oleiza, se señala que de los 44.430 hombres de ciencia ingresados en Estados Unidos entre 1949 y 1961, 33.466 eran ingenieros.

Todo este trasvase de técnicos supone un grave deterioro para la tecnología de los países subdesarrollados, así como el despido de una considerable inversión (varias decenas de miles de dólares por técnico). De esta manera, los países en vías de desarrollo están realizando unas inversiones con destino a la formación de profesionales y técnicos —precisamente los que mayor productividad aportan al sistema— que están beneficiando, paradójicamente, a los países más desarrollados.

Este hecho resulta particularmente grave si se considera que "sólo aquellas regiones que tengan el poder intelectual para explotar la nueva ciencia y las industrias que de ella se desprendan serán económicamente sanas. Sin duda alguna, aquellas regiones que fallen intelectualmente fallarán económicamente y pasarán a ser dependencias coloniales de las regiones más avanzadas" (Prof. Lloy V. Berkner). ■ A. L. M.

EL PROCESO DE SIRHAN

Declarándose culpable, puede salvarse...

Las cuestiones de trámite y procedimiento han prolongado excesivamente el comienzo del verdadero proceso contra Sirhan B. Sirhan, acusado del asesinato del candidato a la presidencia norteamericana Robert Kennedy. Cinco semanas de interminables audiencias consagradas a la elección de un jurado que conviniera al mismo tiempo a la defensa y a la acusación, y una semana más en la que el defensor intentó anular el proceso por vicio de procedimiento. Por fin, el 13 de febrero se abrió el proceso propiamente dicho con la lectura del acta de acusación, consistente en una minuciosa narración cronológica de los hechos que han precedido y luego sucedido

al asesinato del senador Kennedy en junio de 1963.

Para apoyar su petición de anulación del proceso, la defensa ha invocado un artículo aparecido, el pasado día 12 de febrero, en «Los Angeles Times» que afirmaba que el acusado podría declararse a considerarse culpable con objeto de evitar la condena a muerte y no sufrir más que la cadena perpetua. Pero como los debates no habían comenzado y el jurado se encontraba con una información de la que no tenía conocimiento, el juez no aceptó esa demanda de los abogados defensores del acusado.

Posteriormente, el principal defensor de Sirhan, Emile Zola Berman, mani-



EN LA FOTO, BUTTO, ANTIQUO MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES, PUESTO EN LIBERTAD RECIENTEMENTE Y HOY UNO DE LOS MAS CUALIFICADOS ADVERSARIOS DEL MARISCAL PAKISTANI AYUB KHAN.